

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos

Vol. 2, n.º 3, enero-junio, 2019, 137-143

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.31381/archivoVallejo.v2n3.5177

Miguel Pachas Almeida. *¡Yo que tan solo he nacido!* (Una biografía de César Vallejo). Lima: Editorial Gutenberg, 2018, 647 págs.



Escribir algunas líneas sobre la vida y obra de César Vallejo siempre resulta un proyecto que saca espuma a cualquier biógrafo o crítico literario. Por supuesto, comprender a la persona y al escritor adquiere mayor dificultad cuando sabemos que su experiencia vital y su escritura configuran su complejo perfil humanista. Entonces, para entender esta dimensión humana se tiene dos caminos: aproximarnos a la vida del

poeta o asediar sus versos. El profesor Miguel Pachas Almeida ha optado por el primer camino: abordar al César Vallejo persona, poeta y humano a partir de la indagación biográfica. Su libro *Georgette Vallejo: al fin de la batalla* (2008) y su ensayo *César Vallejo y su América hispana* (2014) son anticipaciones del libro

que reseñamos en esta ocasión: *¡Yo que tan solo he nacido!* (*Una biografía de César Vallejo*).

Fruto de una década de investigación, el autor nos propone un recorrido desde los orígenes biológicos del autor de *Los heraldos negros* hasta su deceso en las lejanas tierras parisienses. La biografía se divide en tres partes: la primera centrada en la experiencia provincial y capital (1892-1923); la segunda enfocada en la vida europea (1923 y 1938); la tercera parte, que bien pudo llamarse anexos, incluye el árbol genealógico de Vallejo y un archivo de documentos académicos, jurídicos y municipales. Sustentada mediante bibliografía confiable, entrevistas reveladoras, cartas emotivas, fotografías sugerentes y poemas esclarecedores, *¡Yo que tan solo he nacido!*... conjuga la lógica positivista y el proceder narrativo; en otras palabras, asume que la experiencia de vida ha sido causa objetiva y subjetiva para la formación de la personalidad de César Vallejo y, en efecto, para su producción literaria.

El sintomático título es un verso de «Altura y pelos» que se establece como un guiño para reconocer que la biografía transitará por las vicisitudes, premoniciones y lamentos de César Vallejo, así como por las adversidades que le permitieron reflexionar sobre la condición humana. Muestra de ello es que, desde un inicio, al autor le interesa configurar los poemas como efectos del cumplimiento de un presagio. Por ello, presenta el nacimiento como un augurio, pues se indica que el parto se complicó debido a la avanzada edad de su madre y «casi culmina con la muerte de ambos» (18), dato que lleva al autor a suponer que el poeta conoció los sucesos amargos que vivió su madre cuando lo trajo a este mundo y que los convirtió en el motivo literario de «Espergesia» y los sintetizó en los versos «Yo nací un día en que Dios estuvo enfermo, grave».

En la primera parte, se evidencia una mayor preocupación por revelar que la vida es la causa de los poemas. Por tal motivo, para

explicar el origen del verso «Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé» se apoya en una entrevista a Víctor Clemente Gordillo, quien describe el atroz momento de la familia de Vallejo luego de enterarse de una traición: María Aguedita se había involucrado con el esposo de su hermana Nativa. Deduce el autor que esta situación provocó una profunda impotencia en Vallejo y se convirtió en el aliciente emocional para expresar el primer verso de «Los heraldos negros». Basándose en la información de Juan Espejo Asturrizaga, cuenta que luego de dicha noticia, Vallejo se sentó, «cogió lápiz y papel y, asestando un puñetazo sobre la mesa, lanzó un grito estremecedor: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé”» (151). En este caso, el vínculo entrevista-información bibliográfica resulta acertado, ya que nos permite conocer una veta interpretativa más sobre el tan conocido poema.

Esta vocación esclarecedora de la causa adquiere un rasgo subjetivo cuando se refiere a las motivaciones de los poemas de corte amoroso de *Los heraldos negros*. Menciona el autor que la separación de Zoila Rosa Cuadra propició la escritura de «Setiembre», poema en el que Vallejo «recordó que ella dio todo de sí» (172); asimismo, añade que «El poeta a su amada» surgió mientras iba «navegando en sus contradicciones amorosas [y] de su corazón roto brotaron desolados versos» (172). A lo largo de la biografía, el autor demuestra que posee información prolífica sobre las relaciones amorosas de César Vallejo, no obstante, como ocurre con los casos mencionados, no contribuye en la intención dilucidadora, ya que la relación entre hecho y poema carece de explicación y, en consecuencia, hace ver más a un Vallejo personaje, antes que persona.

En cambio, la biografía se objetiviza cuando se refiere a la gestión de los poemas de *Trilce*. El autor infiere que para el poeta la cárcel se convirtió en un espacio hostil en el que «sintió que el tiempo no pasaba y pronto cayó bajo las sombras el aburrimiento:

Tiempo Tiempo. / Mediodía estancado entre relentes. / Bomba aburrida el cuartel achica / tiempo tiempo tiempo tiempo (Trilce II)» (257). Agrega que esta desesperación por el paso lento del tiempo se plasma en el poema XVIII, pues sus versos transmiten «un desgarrante testimonio de esos cruciales y aciagos momentos en la cárcel: Oh las cuatro paredes de la celda. / Ah las cuatro paredes albicantes [...]» (257). Para el autor, como se aprecia en los versos citados, la experiencia carcelaria del poeta genera un tema, pero sobre todo es fuente para expresar un sentimiento y una reflexión, rasgos que nos introducen a conocer a un Vallejo más persona, antes que personaje.

Ciertamente, el recorrido biográfico adopta un proceder narrativo a través de la presentación de anécdotas familiares para develar ciertos rasgos del Vallejo niño y de la omnisciencia para anunciar los vaticinios. Desde una pretensión «ficcional», el uso de estos recursos resulta acertado, ya que aportan en la construcción del perfil humano del poeta de Santiago de Chuco. El autor «narra» que Vallejo se sintió bastante satisfecho cuando conoció a Antenor Orrego y que este encuentro «le causó un gran impacto, tanto que por la noche, acostado ya, avizó situaciones no solamente difíciles sino también de éxito al lado de su futuro mentor» (89). A través de la omnisciencia narrativa, no solo nos enteramos de que Orrego fue el guía de Vallejo, sino que nos percatamos del idealismo, la emoción y el optimismo del poeta.

La mayor objetividad de la propuesta biográfica se alcanza con la inclusión de las cartas, escritos que nos permiten escuchar la «voz» del Vallejo persona y humano. Por ejemplo, la sentida misiva que envía a su hermano Manuel acerca al lector a la interioridad en tensión del autor de *El tungsteno*, interioridad que condensa los deseos, los temores, las dudas y la confianza de Vallejo. Conviene, al respecto, oír este sentir vallejiano: «Te pongo estas líneas para anunciarte que mañana me embarco rumbo a París.

Voy por pocos meses, seguramente hasta enero o febrero y nada más. Voy por asuntos literarios y ojalá me vaya bien... Consuelen a mi papacito [...]» (312). Al arribar al fin de la primera parte, la biografía nos ha presentado un Vallejo persona cuyas experiencias han configurado al Vallejo poeta, aunque con una óptica más individual.

En la segunda parte, apoyado en ideas de artículos y ensayos, así como de testimonios de amigos cercanos a Vallejo en París, por ejemplo, José Domingo Córdova, la biografía transmite al lector una imagen más fidedigna del pensamiento político, de la nostalgia por el terruño y del propósito concientizador del autor de *El arte y la revolución*. Asimismo, para transmitir una atmósfera de certeza, el autor recurre a frases como que Vallejo «Indiscutiblemente fue un marxista...» (412) y «aseguró que la condición del poeta socialista...» (456). Una afirmación puede sintetizar el empeño por alcanzar la verosimilitud en la segunda parte: «[Vallejo] estuvo plenamente convencido de que el poeta no podía hacer de su obra una especie de catecismo político y [...] transmitió un mensaje poético con un lenguaje de elevada significatividad existencial» (373). A diferencia de la primera parte, en esta segunda parte Miguel Pachas Almeyda pretende construir un Vallejo humano mediante la conexión de las fuentes directas que permiten conocer a un escritor.

Este recorrido biográfico también nos invita a conocer las ideas estético-políticas de Vallejo. Producto del viaje por Europa y el acercamiento al marxismo, empezamos a conocer a un poeta de actitud más reflexiva. La relación de causa-efecto que se establece es la de reflexión (plasmada en textos periodísticos, ensayos, apuntes, discursos)-poema (de afirmación de la postura marxista). Miguel Pachas Almeyda asevera que Vallejo estuvo seguro de dos ideas: «1. Los grandes escritores nunca podrían obtener siquiera el sustento diario con la venta de sus obras [...]» (412);

«2. [El poeta socialista] no solamente no debía enfocar sus poemas en las cuestiones temáticas, técnicas y políticas, sino que debía utilizar la sensibilidad como insumo fundamental en su obra» (456). En ese sentido, la biografía sugiere que el compromiso político y la sensibilidad socialista fueron los gestores de *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*.

Estamos hacia 1936 y la nostalgia de Vallejo por el terruño queda registrada en sus conversaciones. La confesión que le realizó a Gonzalo More sobre la posibilidad de nacionalizarse francés debido a que carecía de pasaporte es reveladora: «Si algo tengo de humano y vuelo de cóndor, es porque nací en la sierra del Perú y aunque no tuviera pasaporte o me lo quitaran, jamás dejaría de ser peruano» (517). Del mismo modo, la experiencia de la guerra civil significó un fortalecimiento de su mayor deseo: «un mundo en el que los seres humanos trascendieran el individuo al Hombre, capaces de dejar atrás el individualismo y convertirse en entes solidarios» (552-553), deseo expresado en el poema «XV» de *España, de mí este cáliz*. Vemos, entonces, que Vallejo poeta asoció afectivamente su sentir peruano y su vocación humanista.

Así como Vallejo supo que nació «un día en que Dios estuvo enfermo», también intuyó que moriría «en París con aguacero». El 15 de abril de 1938 a las 9:20 de la mañana, sin conocerse la causa, «César Abraham Vallejo Mendoza dejó este mundo, cumpliendo con creces su visión premonitoria» (561). Entre certezas, premoniciones y narraciones, Miguel Pachas Almeida construye la intensa vida del mayor exponente de la poesía peruana. Escrito con ánimo pedagógico e intuición literaria, *¡Yo que tan solo he nacido!* es «una» biografía cuyo propósito mayor es aprehender al César Vallejo humano. Puede que por momentos el exceso de pies de página ralentice la lectura y la inclusión de otros personajes distraiga la mirada al poeta; no obstante, la prosa ágil, el afán develador y el manejo creativo de fuentes nos llevan

a descubrir a la humanidad de una gran persona: el César Vallejo que solo había nacido. Después de tantas palabras, creo que esta biografía resulta ser una propuesta para ser leída y acceder a dicho descubrimiento.

Miguel Ángel Carhuaricra Anco
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
angel_edu20@hotmail.com